

Ricardo Vicente López

Ideología

Y

utopía

*Reflexiones sobre las ideas que
posibilitan o impiden pensar
un futuro posible, más humano,
digno y equitativo*

Cuadernos de reflexión:

la utopía de un mundo mejor

Palabras preliminares

Para poder plantearnos un tan difícil problema, que ha dado lugar a innumerables polémicas como es el de la ideología y la utopía y la relación entre ambos, sin que ello haya tenido una síntesis compartida, deberemos seguir algunos textos que voy a proponer. La dificultad se agiganta en tiempos en los que todo pareciera indicar que estamos en un callejón sin salida. Para decirlo con palabras de un tristemente afamado Francis Fukuyama: el “tiempo del fin de la historia”¹, porque una prédica sistemática desplegada globalmente ha pretendido convencernos de que hemos llegado a un punto del camino, la sociedad de mercado y su forma política la democracia liberal, han construido el marco para la resolución de todos los problemas de la sociedad industrial. No intentan decirnos que se acabaron las dificultades, sólo que ya están dadas todas las condiciones institucionales para esto se vaya logrando. No hay duda que la caída del Muro de Berlín, como metáfora del final de una época, alentó los peores designios del *capital concentrado: maximizar las utilidades* no importa los costos sociales que esto produzca. La prédica mencionada ha dado sus frutos y hoy reina un espíritu escéptico sobre la conciencia social global, alimentada por un trabajo excelente de los medios de comunicación de masas. Digo *excelente* por los *magníficos resultados* logrados al servicio del *proyecto político del neoliberalismo*.

Para aproximarnos al tratamiento de los dos temas propuestos voy a apelar a la ayuda dos intelectuales de reconocidos méritos, cada uno de ellos en estudios y prácticas diferentes, pero que coinciden en la búsqueda de una salida posible para este mundo concentrado. Por una parte, al pensamiento de uno de los filósofos contemporáneos más importantes, me refiero al francés Paul Ricoeur (1913-2005), quien nos visitara en el año 1982 dejándonos seis conferencias que pronunció en la *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*. En una de ellas, que tituló “La ideología y la utopía, dos expresiones de lo imaginario social” desarrolló una serie de consideraciones que nos van a ayudar en la profundización del intento de comprender. Aunque el abordaje del tema sea de carácter teórico y presente dificultades voy a tratar de sintetizarlo del modo más claro que me sea posible. Intentaré acompañar las palabras de este filósofo con algunas reflexiones de actores significativos del panorama político-social. El otro texto que voy a analizar es una carta de Ernesto Guevara (1928-1967), escrita en 1965 para el periódico *Marcha* de Montevideo, a pedido de su director. Apareció luego con la edición de las obras completas del revolucionario con el título de *El hombre y el socialismo en Cuba*.

Creo que hoy, tal vez con mayor urgencia que en otros tiempos, es necesario volver una y otra vez sobre este tema. Mirar este panorama social con los brazos caídos y la mirada baja parece ser un signo de este presente. Y esto se torna más grave cuando es gran parte del la juventud del mundo la que está en esta condición. Por ello esta urgencia se hace más aguda al mirar los rostros de esos jóvenes, sus desesperanzadas miradas, sus ideales enterrados, aferrados a un hoy sin expectativas y negándose a pensar en un mañana que no pareciera ofrecerles más que penurias. Con la convicción de que el mañana es una repetición machacona del hoy con perspectivas sentidas de empeoramiento. La necesidad se convierte en reclamo de pensamiento, de un pensamiento crítico que dé lugar a acciones sobre estas dificultades. Para ello debemos llevar la mirada hacia atrás, hacia el pasado histórico, porque allí siempre podremos encontrar una cantera riquísima de experiencias y sabiduría que nos iluminará el horizonte hacia el que caminaremos. Pero se torna imprescindible que esa *mirada* sea el resultado de una *conciencia esclarecida*

¹ Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Editorial Planeta, 1992.

en la práctica del *análisis crítico*. Digo *caminares* y pongo el énfasis en este concepto. Estos tiempos pretenden hacernos ver un inmovilismo que no existe, pero que intenta convertirse en la óptica desde la cual juzgamos el mundo que nos rodea. Y digo *caminares*, además, subrayando la necesidad fundamental de emprender una tarea colectiva y comunitaria.

En la mirada hacia la historia de los pueblos debemos rescatar, para pensar estos momentos de crisis, que etapa como estas ya se han dado en muchas oportunidades en distintos lugares y fechas, con las particularidades propias de cada cultura. Pero que, si bien en algunos casos llevó a los pueblos a su desaparición, muchos de ellos encontraron un camino de salida hacia formas institucionales socio-políticas que posibilitaron la estructuración de un futuro que superó el abismo que enfrentaban. También debemos aprender de esas experiencias la capacidad creativa para *inventar* caminos hacia un mundo más esperanzador. Los pueblos parecieran caminar como el agua que baja de la montaña. Siempre buscando la pendiente que le permita llegar al océano. Pueden detenerlo algunos obstáculos transitorios, pero finalmente por la perseverancia, la paciencia y la imaginación como constitutivos de su espíritu de lucha triunfan en su propósito de seguir adelante para construir un mañana mejor. Aquí podemos ver como ha funcionado la *utopía*.

La ideología: sus diferentes formas

Nuestros más antiguos nos enseñaron que la verdad
suele buscar nido pegado al suelo, y que la mentira
busca las alturas para saberse impune y poderosa.
Subcomandante Marcos – Chiapas – México

La palabra *ideología* fue utilizada, en los comienzos de la *Ilustración*, por los filósofos franceses del siglo XVIII quienes se llamaban a sí mismos *ideólogos*. Ellos utilizaban este concepto para referirse al análisis de las ideas formadas por el espíritu humano. Fue Napoleón Bonaparte (1769-1821) quien acusó a eso ideólogos inofensivos de ser una amenaza para el orden social que se instauraba bajo su autoridad. El desprecio con el que se refería a ellos le otorgó al término un sentido peyorativo que comenzó a darle un nuevo significado. Carlos Marx (1818-1883) en sus años juveniles recoge el término en sus *Manuscritos de 1843-44*². Para él la ideología es una manera de ver la realidad en forma distorsionada, lo cual no permite apreciar la verdad que ella contiene. En este sentido es una especie de cristal que colorea nuestra visión haciéndonos ver de un tono determinado todo cuanto nos rodea. Esto da lugar a tener una visión errónea, *falsa conciencia* la denomina, es decir una conciencia incorrecta, una imagen distorsionada de la realidad.

Marx se vale de una metáfora para explicar qué entiende él por ideología: habla de la imagen invertida de la realidad como sucede en la cámara fotográfica. Elabora su concepción a partir de la lectura de la *Esencia del cristianismo* de Ludvig Feuerbach (1804-1872) quien sostiene en esta obra que la forma de la ideología más clara es la religión cristiana. En ella sostiene que las cualidades propias del sujeto humano son proyectas al cielo creando un *sujeto imaginario divino* al que le atribuye poderes sobrenaturales, que no son otra cosa que sus propias capacidades intelectuales y espirituales, no reconocidas como tales. De

² *La Ideología alemana y Manuscritos económicos-filosóficos*, ediciones varias. Valga la aclaración: ambos textos no fueron escritos para su publicación, fueron cuadernos de notas para su uso y estudio de los temas que investigaba. De allí las dificultades que ofrece su lectura.

modo tal que estas cualidades supuestamente divinas del sujeto imaginario no eran más que las cualidades de los hombres atribuidas al cielo. Esta incapacidad humana de reconocer sus propias cualidades lo llevan al joven Marx a pensar que este desconocimiento produce una falsa conciencia, y la vez una deshumanización que vacía el concepto de hombre. La imagen intelectual de la *inversión* le abre hacia la comprensión el mecanismo de toda ideología.

Ricoeur comienza a reflexionar sobre el uso del concepto *ideología* que hace el "joven" Marx. Contrapone esta conciencia con la práctica social que cada hombre desarrolla en su actividad cotidiana. En este nivel de la práctica, "praxis" en términos de Marx, se tiene una conciencia directa de la realidad inmediata y específica con la que nos relacionamos los hombres, porque a esa realidad inmediata la estamos transformando mediante nuestro trabajo, entendido éste en el sentido más amplio³. Por ello, lo primero que hay es la vida real de los hombres: su praxis. Luego, hay un reflejo de esa vida en la imaginación de esos hombres: la ideología. De este modo, la ideología se convierte en el procedimiento general mediante el cual el proceso de la vida real, la praxis, se falsifica por medio de la representación imaginaria que los hombres se hacen de ella. Es decir, cuando nos alejamos de esa inmediatez de la praxis para colocar en nuestra conciencia un intento de mira más amplio, que abarca cuestiones que no están físicamente presentes pero que forman parte de esa realidad, valores, estimaciones, interpretaciones, apreciaciones, comienza a jugar un papel muy importante la distorsión de ideas que encuadran nuestro modo de pensar y allí se produce la "falsa conciencia", la que distorsiona, que es la que encubre: *la ideología*. De allí se puede comprender en que radica la actividad revolucionaria: volver a ver la realidad parada sobre sus pies, recuperar una conciencia que desmitifique la realidad social. Dice Ricoeur a modo de reflexión para avanzar:

Si se admite que la vida real, la praxis, precede de hecho y de derecho a la conciencia y sus representaciones, no se puede entender cómo la vida real puede producir una imagen de sí misma y, menos aún, una imagen invertida. No se lo puede comprender a menos que uno discierna en la estructura misma de la acción una mediación simbólica que puede pervertirse. Dicho de otro modo, si la acción no está ya imbuida de lo imaginario, no se ve cómo puede nacer una imagen falsa de la realidad. (subrayados RVL)

Algunas aclaraciones. Dice "la praxis precede de hecho y de derecho", precede históricamente, porque los hombres en su evolución primero trabajaron para subsistir y luego adquirieron su capacidad de reflexión, sus representaciones; la conciencia es por ello el resultado de la transformación que el hombre hizo de sí mismo contemporánea a la tarea realizada. "No se puede comprender a menos que... la acción de una mediación simbólica que puede pervertirse", esa mediación simbólica es la ideología, como entramado de ideas que lleva a aceptar como *natural* lo que es una *consecuencia de la sociedad de clases* y su injusta distribución de bienes por la *presencia de derecho* de la *propiedad privada*. Ricoeur acepta de Marx este modo de pensar la ideología, como *una* de las consecuencias de la sociedad de clases, como la resultante de la explotación que llevan a cabo las clases dominantes. Por ello la prioridad de la praxis hace referencia al origen del hombre, a la comunidad originaria que Marx denomina el *comunismo primitivo*. La sociedad de clases aparece muy tardíamente en la historia⁴.

³ Deberíamos introducir aquí el papel de la propiedad privada, pero ello nos alejaría del tema propuesto. Se puede consultar para ello mi trabajo *El pensamiento de Carlos Marx*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

⁴ Consultar sobre este tema mis trabajos *El hombre originario, Del hombre comunitario al hombre competitivo*, publicados en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

Éste es sólo *un nivel* o *un modo* de la ideología, propone Ricoeur en su análisis. Agrega dos más que son muy interesantes y que enriquecen notablemente el concepto y profundizan su comprensión. A este *primer nivel* del funcionamiento de la conciencia ideológica Ricoeur lo denomina “distorsión-disimulación”. Este conjunto integrado y sistematizado de ideas que conforman el cuerpo de nuestro modo de pensar, nuestra ideología, se comporta en un *segundo nivel* de aproximación como “legitimador” de la cultura imperante, y de los sistemas de poder que en ella funcionan. Marx afirma en sus escritos que las ideas de la clase dominante, si fueran solamente eso, aparecerían ante el conjunto social como un sistema de ideas de un grupo y por lo tanto extrañas a la totalidad del sistema social. Necesitan convertirse en “ideas universales”, válidas y legítimas para toda la sociedad para que puedan, efectivamente, ejercer su dominio. Por ello dirá que: “Las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante”. Por ello Ricoeur afirma: “Ahora bien, existe una función del lenguaje que responde a esta exigencia: la retórica, proveedora de esas ideas pseudo-universales”.

Ya Platón (427-347 a. C.) sostenía que no era posible el ejercicio de la tiranía sin la ayuda de un “sofista” que convenza sobre la verdad del discurso político. En lenguaje moderno deberíamos decir que no hay posibilidad de engañar al público sin la ayuda de un buen discurso, papel que hoy desempeñan los medios de comunicación. Para Ricoeur no hay posibilidad de concebir una sociedad que tenga una imagen de sí misma sin esa retórica del discurso público (los argentinos somos lo que pensamos que somos). Esto no está mal dice nuestro autor, no hay otro modo de construir los conjuntos sociales sin una imagen compartida de lo que son (de lo que fueron: *el discurso de la historia*, y de lo que deben ser: *el discurso de los políticos*). Pero todo conjunto social, y esto ya lo vio Max Weber (1864-1920) a principios del siglo XX, en cuanto alcanza un grado complejo del desarrollo de su organización da lugar de inmediato a la aparición de alguna forma de autoridad, producto de la estratificación social. Cuando la retórica del discurso público comienza a *legitimar la autoridad* y su *ejercicio del poder* la retórica se convierte en ideología. Si bien esto es necesario entra en un terreno lleno de trampas, de artimañas y de la posibilidad de un uso abusivo que la convierte en encubridora, “distorsionadora-disimuladora” correspondiente al primer nivel analizado. Nos dice más adelante Ricoeur:

Marx ha tocado aquí un fenómeno más interesante que la mera noción de inversión y disimulo, a saber, la tentativa de justificación que acompaña el fenómeno mismo de la dominación... Toda dominación trata de justificarse y lo hace recurriendo a nociones pasibles de aparecer como universales, es decir, válidas para todos... En este sentido, todo sistema de control social descansa sobre un funcionamiento ideológico destinado a legitimar su reivindicación de la autoridad. (subrayados RVL)

Todo Estado moderno está asentado sobre una legitimación racional. “Donde hay poder, hay una reivindicación de la legitimidad. Y donde hay reivindicación de legitimidad, se recurre a la retórica del discurso público con un objetivo de persuasión”. Por ello es necesario pensar la relación que se establece entre la justificación del poder y su legitimidad. Sin descuidar la perversión a que da lugar la justificación espúrea de la injusticia. La ideología en ambas posibilidades *legítima*, pero en cuanto oculta los fines dominadores *distorsiona*. La persuasión cuando está en la búsqueda de la comunicación de objetivos al *servicio de todos se justifica por sus fines*, estos le otorgan sus contenidos de *verdad*; pero cuando la persuasión persigue el ocultamiento de las injusticias del sistema dominante está al servicio del sometimiento. Por lo tanto, el discurso político debe ser analizado en el contexto histórico, social, económico y cultural que debe darnos los parámetros de posibilidad de los proyectos en curso.

Pero por debajo de este nivel de análisis aparece el fundamento de la función de la ideología que es la de “integración”. Aparecería, entonces, aquí el papel de las narraciones y mitos fundacionales de los pueblos, clases o grupos sociales, de una época no compartida por los detentadores actuales del poder, y que se expresa en ese modo de la ideología. Sin esa función de la ideología los pueblos, clases o grupos no tendrían sustento integrador. “De manera que la función de la ideología consiste en servir como posta para la memoria colectiva a fin de que el valor inaugural de los acontecimientos fundadores se convierta en objeto de la creencia de todos”. Podemos y debemos sospechar de este nivel del funcionamiento de la ideología. Al aparecer como integración cumple un papel positivo en el ordenamiento y la fundamentación del orden social como comunidad asentada sobre un origen común. Pero esa fundamentación puede contener ideas justificadores de los por qué la comunidad es y debe ser así en ese presente. Las narraciones históricas cumplen esa función. La ideología aparece acá en el intento “de difundir la convicción de que esos acontecimientos fundacionales son constitutivos de la memoria social y, a través de ella, de la identidad de la comunidad misma”. Entonces volvamos a la insistencia de Ricoeur sobre el tema:

De manera que la función de la ideología consiste [en esta función] en servir como posta para la memoria colectiva a fin de que el valor inaugural de los acontecimientos fundadores se convierta en objeto de la creencia de todo el grupo. Resulta de ello que el acto fundador mismo no puede ser revivido más que por medio de interpretaciones que no cesan de remodelarlo después que ha sucedido y que el acontecimiento fundador se representa ideológicamente a la conciencia del grupo. (subrayados RVL)

Por no se nos debe escapar que esas narraciones, por lo general, están hechas en los despachos y academias oficiales. Esto nos lleva a tomar conciencia de aquel reclamo de Ignacio Ellacuría (1930-1989) cuando postulaba la necesidad de escribir:

Desde el reverso de la historia nos encontramos no sólo con el resultado de la historia de los vencedores sino con otra verdadera historia. Una historia de resistencia, de desarrollo de las propias capacidades y asimilación de virtualidades de los dominadores, de construcción de espacios de libertad y de lucha por la liberación... Desde el reverso de la historia descubrimos, pues, el pueblo no sólo como víctima sino como ser cultural, más aun como ser espiritual. (subrayados RVL)

En estas palabras podemos leer una manera latinoamericana de pensar lo ideológico en la historia oficial, la “historia de los vencedores”, y la lucha contra la ideología como distorsión en “el reverso de la historia”. Podemos articular ahora estos tres niveles de la ideología en su funcionamiento concreto y diferenciar e integrar a cada uno en su papel específico. La ideología en su base actúa como la “personalidad social” que da forma y carácter a un conjunto social dado: la *integración social*. Cuando en ese conjunto social aparece la diferenciación entre los que mandan y los que obedecen, ese mando requiere de “legitimación”, entonces dentro de la “personalidad social”, como la he llamado, se va a perfilar una diferenciación que se presentará como la *encarnación el destino del conjunto*. En los primeros momentos, al presentarse como el reflejo del conjunto, como el espejo en el que se mira la conciencia colectiva y valiéndose de esa fuerza, no encontrará trabas ni contradicciones entre lo que hace y lo que el conjunto espera que haga. Cumplirá hasta allí la ideología su función de *legitimación del poder*. Sin embargo, con el transcurrir histórico el sector dominante apelará a diferentes artimañas para perpetuarse, haciendo uso y abuso del poder, necesitará entonces de una justificación para ese intento, pero ésta no puede ser transparente porque el intento oculta su propósito de aprovechar para fines particulares lo que dice que será para beneficio del conjunto social. El encubrimiento de las verdaderas intenciones obligará a mostrar, como reflejo del espejo, la imagen “distorsionada” de la realidad social expresada en el discurso político

para convencer y legitimizar el ejercicio del poder, “disimulando” las verdaderas intenciones: *la dominación*.

Entonces, en un sentido más abarcador, habría que decir con Ricoeur que el imaginario social muestra un doble aspecto que torna conflictivo su presencia y su funcionamiento. De allí que debemos hacernos cargo de esta conflictividad para avanzar hacia una comprensión más profunda del imaginario social. Así, como queda dicho la ideología se presenta como una patología social que no permite hacerse cargo de la *verdad de lo real*. A ella la enfrenta *la utopía* que pretende postular futuros mejores. Leamos a nuestro autor:

Al hacer un estudio superficial, lo primero que sale a la superficie en cada una de estas dos funciones [ideología y utopía] es el aspecto casi patológico. Así, nos contentamos de buen grado con definir la ideología como un proceso de distorsión y de disimulo mediante las cuales nos ocultamos a nosotros mismos, por ejemplo, nuestra pertenencia de clase y, en términos más generales, nuestra forma de pertenencia a las distintas comunidades en las cuales participamos. De manera que se identifica pura y simplemente la ideología con la mentira social o, lo que es más grave, con la ilusión protectora de nuestro estatuto social junto con todos los privilegios y las injusticias que comporta. Pero, en sentido inverso, acusamos sin titubeos a la utopía de no ser sino una evasión de la realidad, una especie de ciencia ficción aplicada a la política. Denunciamos la sordidez de los proyectos utópicos y la rechazamos, más aún cuando no parece manifestar la menor preocupación por los primeros pasos que habría que dar en su dirección y, en general, por todo lo que constituye la lógica de la acción. La utopía, entonces, no es sino una manera de soñar con la acción evitando reflexionar sobre las contradicciones de posibilidad de su inserción en la situación actual. (subrayados RVL)

La ideología, de este modo, “... bajo sus tres formas... redobra, preserva y, en este sentido, conserva al grupo social tal cual es. La función de la utopía es, entonces, la de proyectar la imaginación fuera de lo real en un afuera que es también un ninguna parte”. Si la ideología preserva la subsistencia del grupo social también corre el riesgo de cristalizarse en su estructura actual impidiendo toda crítica a sus disfunciones, a sus injusticias, a sus diferencias sociales no justificadas. De allí que la ideología en su papel de preservación del estado actual, ante el riesgo de la desintegración, *encubre y justifica*. Ante este papel encubridor la *utopía* deberá hacer oír su voz proponiendo un modelo superador que tenderá a resolver esas deficiencias e injusticias: “la utopía en su sentido fundamental es el complemento necesario de la ideología en su sentido fundamental. Si la ideología preserva y conserva la realidad, la utopía esencialmente la cuestiona”.

Al funcionamiento social de los tres niveles de la *ideología* Ricoeur agrega ahora su articulación con la *utopía*. Y en esta articulación aparece con claridad el carácter imprescindible e insustituible de la existencia de la utopía. Sin su función crítica, cuestionadora, no hay futuro. O, en su forma más cotidiana, el *futuro* se convierte en un *presente* con algunas modificaciones cosméticas que no alteran la esencia de ese tiempo, es una perpetuación del presente. Cambios *gatopardistas*: “Que algo cambie para que todo quede como está”. El pensador francés nos va a confirmar la necesidad del funcionamiento de la imaginación utópica. “En este sentido, la utopía es la expresión de todas las potencialidades de un grupo que se encuentra reprimido por el orden existente. La utopía es un ejercicio de la imaginación para pensar otra manera de ser del ser social”. Y concluye con una hermosa frase cargada de significaciones que permite proyectar la especulación política y filosófica hacia un futuro mejor, “las utopías constituyen variaciones imaginativas sobre el poder”.

La utopía: un mundo mejor es posible

Dirán que ha pasado de moda la locura,
dirán que la gente es mala y no merece,
yo partiré soñando travesuras,
acaso multiplicar panes y peces.

Silvio Rodríguez

En muchas oportunidades nos damos cuenta de que lo que buscábamos estaba al lado nuestro. Es que, a veces, el camino hacia lo obvio e inmediato es el más largo y difícil. “Es siempre así, y ha sido siempre así, lo más habitual, lo que «llevamos puesto», por ser cotidiano y vulgar, no llega nunca a ser objeto de nuestra preocupación, de nuestra ocupación. Es aquello que por aceptarlo todos pareciera no existir; a tal grado es evidente que por ello mismo se oculta” nos recuerda Enrique Dussel⁵. Esto viene a cuento porque la utopía es un tema que sólo cobró existencia, se hizo tema de reflexión, en la cultura occidental, es decir nuestra cultura. Por haber nacido en ella, haberla mamado y vivirla cotidianamente, muchas cosas que ella contiene se nos escapan. Una de ellas es la utopía como sueño de un mundo mejor. Sería muy largo y fuera de lugar meternos en este tema aquí⁶, pero es necesario dejar dicho que la utopía dentro de la cultura de occidente reconoce un punto de partida, una fecha de nacimiento, que encontramos en la Palestina del siglo primero en la prédica de Jesús de Nazaret: la llegada del *Reinado de Dios*.

Esta *utopía* adquirió diferentes formas según tiempos y lugares, entre las más conocidas en Tomás Moro (1478-1535), quien la nombró de este modo en un libro del mismo título; también se puede encontrar en Tomás Campanella (1568-1639), ambos precedieron el optimismo del *Siglo de las Luces*, siglo XVIII. Este clima utópico que vivió la Europa de la época de un optimismo desbordante en un futuro siempre en ascenso, adquiere un nuevo empuje en el socialismo y el anarquismo del siglo XIX de los que Marx será heredero. En este último pensador se da una doble fuente en que abreva su pensamiento, este último mencionado y el judaísmo de su abuelo que le transmitió la tradición hebrea. Marx fue un profundo conocedor del Antiguo y Nuevo Testamento⁷ tradiciones que fueron parte del fundamento de su filosofía. La *sociedad comunista* es una terrenalización del *Reinado de Dios*. Se desprende de lo dicho una pregunta que debemos hacernos: ¿cómo una cultura que dio origen a la utopía se debate hoy en este clima de escepticismo?

Parte de la respuesta la encontraremos en el talante científicista que impregnó la cultura moderna de occidente⁸. Pero avancemos en el análisis de la utopía. Si bien ésta es la portadora de la crítica la orden imperante, su desnaturalización abusiva en las propuestas de las corrientes de ultraizquierda, dio lugar a que fuera presentada como delirio irrealizable. Entonces la *ideología encubridora* encontró así un cauce que desnuda aquí su verdadero intento: *convertirla en delirio colectivo, nada más que sueños imposibles*. Quedaría despojada de este modo de todo el contenido de cambio que encierra. Una ideología que preserva y conserva destila un natural rechazo ante toda crítica del orden imperante, la desprecia, la desacredita, la ridiculiza, y en esta función cumple acabadamente su papel *distorsionador* y *encubridor*. La natural tensión que debe existir entre una ideología que conserva y una utopía que revoluciona permite un juego

⁵ Dussel, Enrique, *América Latina, dependencia y liberación*, Fernando García Cambeiro Editor, 1973.

⁶ El tema ha sido tratado con detalle en un trabajo mío *Reflexiones sobre el mal y la utopía*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

⁷ En el trabajo citado de la misma página *El pensamiento de Carlos Marx*, se puede encontrar mayores detalles sobre estos aspectos.

⁸ Este tema lo he desarrollado en *El marco cultural del pensamiento político moderno*, en la página citada.

de mutua crítica que viabiliza caminos para la utopía. La coloca en el espacio de lo posible, de lo realizable, aunque siempre guarde un plus de lo imposible. Adquiere, entonces, alas para la liberación de la ideología. Leámoslo con palabras de nuestro filósofo:

La ideología y la utopía son figuras de la imaginación reproductora y de la imaginación productora. Todo sucede como si lo imaginario social no pudiera ejercer su función excéntrica sino a través de la utopía y su función de reduplicación de lo real sino por el canal de la ideología... Parece, en efecto, que siempre tenemos necesidad de la utopía, en su función fundamental de contestación y de proyección en un más allá radical, a fin de llevar adelante una crítica igualmente radical de las ideologías. Pero lo recíproco también es cierto. Todo sucede como si, a fin de curar a la utopía de la locura en la cual siempre corre el riesgo de perderse, hubiera que apelar a la función sana de la ideología, a su capacidad de proporcionar a una comunidad histórica el equivalente de lo que denominamos una identidad narrativa. (subrayados RVL)

Creo que con Ricoeur hemos podido comprender que hay salidas posibles a lo expuesto más arriba respecto de la ideología en la que se sustenta nuestro sistema de ideas actual. Este sistema está dominado básicamente por el escepticismo, que subyace al proyecto política del *fin de la historia*. Es el resultado de la actitud que adopta frente a un orden social diferente y a un hombre distinto a los que moldea nuestra cultura de hoy. Este escepticismo pretende arrojarse con una pretendida filosofía, denominada no muy felizmente, posmodernidad. Esta filosofía legitima este tiempo de lo *pos* como un tiempo del después de la modernidad, que abre una nueva época. Debemos percibir en este intento otra forma ideológica que pretende preservar la dominación capitalista, revestida como un tiempo de *liberación de las ataduras* de las rigideces de la *razón cuantificadora*⁹. La propuesta del pensamiento posmoderno es, en mi opinión, una forma ideológica que encubre que este tiempo del *pos* no es más que el encubrimiento del derrumbe de la cultura occidental, en su versión noratlántica.

Ejercer la crítica de las ideas imperantes requiere de ese libre volar de la utopía para que desde ese “*lugar fuera de lugar*” podamos dirigir la vista hacia la distancia de la perspectiva histórica, sin compromisos con el juego de la distorsión y audaz en el *desvelamiento* y *descubrimiento* de la realidad. Pero atentos al riesgo que ronda la distancia ya que puede desfigurar las perspectivas y correr hacia la loca aventura de lo imposible. Allí se debe recurrir al sano preservar de la ideología integradora en la defensa de lo conservado en sus verdades. De este diálogo fructífero, entre el pasado que se ofrece en la memoria y el futuro que reclama lo imposible, saldrá la posibilidad de un camino a recorrer. El anarquismo de los estudiantes franceses de 1968 en París proclamaban: “si no nos atrevemos a pensar lo imposible deberemos aceptar lo insoportable”, paradojas de la historia: *pareciera que hemos aceptado lo insoportable por el miedo a pensar lo imposible de la utopía*. Creo oportuno recordar aquí las palabras que desde Chiapas, México, nos dice el Subcomandante Marcos:

Nuestros antiguos nos enseñaron que la celebración de la memoria es también una celebración del mañana... la memoria apunta siempre al mañana y esa paradoja es la que permite que en ese mañana no se repitan las pesadillas, y que las alegrías, que también las hay en el inventario de la memoria colectiva, sean nuevas. La memoria es sobre todo... una poderosa vacuna contra la muerte y alimento indispensable para la vida. Por eso, quien cuida y guarda la memoria guarda y cuida la vida; y quien no tiene memoria está muerto. (subrayados RVL)

Otra paradoja que nos propone Marcos. Volver la vista atrás para poder ver mejor el futuro, creo, resume y expresa en tono poético lo que venimos pensando. No podemos ignorar el papel de aventura loca

⁹ Remito aquí también al trabajo publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

que ha propuesto la utopía más de una vez, muy probablemente por su olvido de las cosas del pasado, la tradición de los pueblos. Ante ella se ha plantado la ideología a su papel más conservador, más reaccionario. En este caso podríamos cargar gran parte de las culpas al delirio sin sustento. Las *ideologías revolucionarias internacionalistas* han caído muchas veces en este delirio. Pero debemos reconocer, al mismo tiempo, que en su intento de defensa del orden establecido la ideología ha acentuado su crítica parcial, unilateral, intencionada, en destacar los aspectos más idealistas, en el sentido de más alejados de la realidad posible, con el objeto de desvalorizar toda intención de cambio.

Ha sido un mal de las utopías delirantes haber dado lugar a una crítica que hizo hincapié en esos aspectos negativos que contenía. Ese tipo de críticas fortaleció la ideología conservadora por la desvalorización de las *imposibilidades propuestas*. Pero al quedarse en los aspectos negativos de las propuestas utópicas no aportaron a la discusión elementos críticos que pudiera hacerla terrenal y viable. La acentuación de las funciones unilaterales y extremas de ambas formas del pensamiento, la ideología exclusivamente preservante y la utopía irrealista y destructora, ha extendido y profundizado el abismo que las separa. Sin embargo no debe escapárse nos que ambas han sido históricamente funcionales al sistema imperante. Es nuestra obligación intentar una crítica seria y profunda que, sin eliminar la sana tensión, libere mutuamente a ambos extremos de lo peor de su carga. Así pueden aparecer elaboraciones de caminos posibles, puentes de comunicación entre los extremos, para que el horizonte de un mundo mejor se aclare, se despeje, y la imaginación pueda dar sus mejores frutos.

En este comienzo de siglo, en pleno proceso de globalización y con la sobrecarga de pretender ser un “*final de historia*”, la ideología está mostrando todo lo retardatario que puede ser su papel. Nunca, tal vez como hoy, la utopía fue más desacreditada y combatida, con el desprecio que presupone el pretendido “realismo” de ser “pragmático”. Nunca como hoy desaparecieron del horizonte todas las utopías, arrastradas como ahora por la carga de fracaso de un “proyecto de socialismo”, el soviético, que implosionó estrepitosamente. Y en el entrecomillado propuesto debemos ver también que fue tan solo eso, un intento fallido. Las causas de su fracaso debemos buscarlas, en gran parte, en la verdad de su realización: haber sido sólo un “capitalismo de estado”. Es en este aspecto, tan poco analizado por partidarios como por opositores, donde vamos a encontrar una dura pero muy útil lección de historia.

Queda suficientemente claro que los opositores a la experiencia soviética, en su intento propagandístico, utilizaron su fracaso como una prueba clara de que no había ninguna alternativa viable al capitalismo liberal. No podíamos esperar de ellos que extrajeran ninguna conclusión con miras a un futuro diferente. Se les presentó una magnífica oportunidad para desacreditar la utopía al mostrar su fracaso, al convertir la experiencia soviética en el paradigma de la utopía socialista. Pero debemos reparar en que, ante la caída del Muro de Berlín y la atronadora voz de los triunfalismos interesados, una de las pocas palabras de equilibrio, en ese momento, que eran al mismo tiempo un llamado de atención, para sorpresa de no pocos, fue la del papa Juan Pablo II quien les recordaba que el *fracaso del socialismo soviético* no implicaba el triunfo del *materialismo liberal* y sus frías leyes de mercado. Los defensores y críticos internos del socialismo, sobre todo pero no únicamente la socialdemocracia europea, no fueron capaces de una reflexión profunda que les permitiera sacar conclusiones superadoras. Cayeron todos ellos, hasta hoy, en lo que se denominó certeramente la “*perplejidad de la izquierda*”, y de este empobrecimiento de la imaginación política se vio beneficiado un sistema que se mostró triunfante: el *capitalismo financiero neoliberal*, al que el papa denominó “capitalismo salvaje”. Su aparente triunfo, en medio de las tremendas consecuencias sociales que estamos padeciendo, fue un elemento que abonó el escepticismo general y que

ayudó, en no poca medida, a esta desesperanza general que padecemos. Cierro este apartado con las palabras de Ricoeur:

Parece, en efecto, que siempre tenemos necesidad de la utopía, en su función fundamental de contestación y de proyección en un *más allá* radical, a fin de llevar adelante una crítica igualmente radical de las ideologías. Pero lo recíproco también es cierto. Todo sucede como si, a fin de curar a la utopía de la locura en la cual siempre corre el riesgo de perderse, hubiera que apelar a la función sana de la ideología, a su capacidad de proporcionar a una comunidad histórica el equivalente de lo que he denominado una identidad narrativa. Me detengo en un momento en el punto donde la paradoja de lo imaginario social es mayor: a fin de poder soñar con un más allá debemos haber conquistado, mediante una interpretación siempre nueva de las tradiciones de las cuales procedemos, algo así como una identidad narrativa. (subrayados RVL)

La construcción de un hombre nuevo

Y Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a
a imagen de Dios, los creó varón y mujer.
Génesis 1.27

En los documentos latinoamericanos de la *Doctrina Social*, hay una constante referencia al error antropológico de los materialismos en que se ha dividido la polémica en Occidente: el *marxismo dogmático*, que impuso la Academia de Ciencias de la URSS, sobre todo en la época de José Stalin, por un lado y el *neoliberalismo* por el otro que postula el *homo economicus*. Ambos han exhibido una concepción pobre del hombre, dicho muy sencillamente, para el primero es un *productor* y para el segundo un *consumidor*. No aparece la dimensión de “persona” y de “creador”, en ninguno de los dos, sin la cual el hombre queda reducido a un simple objeto, a un *recurso humano*. Por ello voy a proponer un recorrido por diferentes modos de pensar al hombre, para poner de manifiesto esta carencia.

La preocupación por la educación humana, para ponerlo en términos modernos, es por el crecimiento de todo lo humano, lo más humano de lo humano que contiene el hombre. Dicho de otro modo, la continuación indefinida del proceso de “humanización”, es un tema recurrente dentro del pensamiento cristiano y fue eje de toda la predicación desde los Primeros Padres (siglos II al IV) hasta hoy. Esta transformación del hombre atado a una vida mezquina, individualista y anti-fraternal en una vida comunitaria tuvo, en la terminología cristiana, la denominación de *conversión*. Apuntando al fenómeno de la transformación de un modo de ser hombre hacia otro modo. En este marco se inscribe el sacramento del *bautismo*, bautizar tiene origen en una palabra griega que significa *sumergir*, en este sumergir se simboliza la *muerte a una vida anterior* para en el emerger *nacer a una vida nueva*. Dentro de esta concepción se inscriben las palabras de Pablo de Tarso sobre “el hombre nuevo”. En su carta a los colosenses (Colosas era una ciudad del Asia Menor, situada a unos doscientos kilómetros de Efeso) a quienes Pablo les escribe desde su prisión en Roma, entre el 61 y 63 de nuestra era, les dice:

Hagan morir en sus miembros todo lo que es terrenal: la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos y también la avaricia, que es una forma de la idolatría... Ustedes mismos se comportaban así en otro tiempo, viviendo desordenadamente. Pero ahora es necesario que acaben con la ira, el rencor, la maldad, las injurias y las conversaciones groseras. Tampoco se engañen los unos a los otros. Porque ustedes se despojaron del hombre viejo y de sus obras, y se vistieron del hombre nuevo, aquel que avanza hacia el conocimiento perfecto, renovándose constantemente según la imagen del Creador... Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro... Sobre todo, revístanse de amor que es el vínculo de la perfección. (subrayados RVL)

Aparece en estas palabras una recordación del cambio¹⁰ que habían comenzado a hacer, la opción por otra forma de vida, y la recomendación de prácticas de vida que debían observar hacia la construcción de una vida comunitaria, que en términos cristianos se denominó el *Reinado de Dios*. Expresa por primera vez este concepto del *hombre nuevo* como un proyecto de vida diferente al desarrollado hasta esa conversión, en el que se resaltan una serie de cualidades coronadas por una superior a todas ellas, sin la cual las restantes pierden valor, que es *el amor*. Reverberaba el recuerdo de experiencias de la tradición hebrea de

¹⁰ Reténgase estas palabras para compararlas con el lenguaje de Ernesto Guevara que se analizará más adelante.

la época de la *Confederación de las Doce Tribus* de los siglos XIII a. C.¹¹ en adelante. Desde su asentamiento en las tierras de Canaán, proceso que probablemente haya durado más de dos siglos, a partir del XIII, la tradición comunitaria se convertirá en política de la Confederación. Las tribus provenientes de Egipto arribaron alrededor del 1250 a. C. Esa fue una de las vertientes de población, a la que se agregó la convergencia de diferentes tribus, algunas todavía nómades que procedían del desierto y otras regiones del Asia Menor, muchas de ellas escapando de la tiranía de las monarquías asiáticas. La idea de *liberación* era común a todas ellas por las experiencias que habían tenido. La tradición ha denominado todo este proceso como el de las *Doce Tribus*, que culmina con el reinado de David (1010-970 a.C.). En ese largo período el tono comunitario estará siempre presente y permanecerá luego en la memoria del pueblo como el *Reinado de Dios*. Decían que cada vez que entre el Señor y la comunidad habían tenido un jefe éste los sometió, por ello este reinado reconocía sólo a Dios como Señor. La *Confederación* sólo reconoció como asesor a un *Consejo de Ancianos*.

Esta referencia a la historia del pueblo hebreo nos sirve también para hacer una nueva lectura de lo que hemos visto en páginas anteriores sobre la ideología y la utopía. Cuando el esfuerzo que nos puede costar pensar en un mañana diferente nos abruma y nos empuja hacia un cierto escepticismo, el pasado aparece mostrándonos que mucho de lo que nos parece de imposible realización, hoy o en un futuro, ya fue experiencia de muchos pueblos que vivieron de ese modo. Y nos enfrentamos a esta extraña idea: que para pensar en un *hombre nuevo* nos encontramos rememorando a un *hombre viejo*, en el sentido de histórico. Los pueblos originarios tienen mucho que enseñarnos respecto a formas de vida fraternales, en las que las prácticas éticas eran el modo habitual de la vida de esas culturas.

Todo esto viene a cuento porque en la modernidad, con el desarrollo de las ciencias sociales, se colocó el eje del cambio en la estructura social, siendo el hombre *una consecuencia* de ella, de este modo se diluyó la responsabilidad personal sobre las conductas individuales. La *mala lectura* de Freud y de Marx contribuyó a darle sustento teórico a esta posición. La dogmatización del pensamiento de esos dos “grandes” de la cultura europea desculpabilizó la conducta individual, encontrando en el inconsciente o en las estructuras de opresión una justificación de las culpas. El tema de la naturalización del objeto social¹², la exteriorización de las conductas, pensadas éstas como mecanismos de relación social y, por tanto, como consecuencias de esos mecanismos, pretende explicar este fenómeno. En ese marco de pensamiento se diluyen las responsabilidades éticas, el hombre se convierte sólo en producto de su medio ambiente. Mediante este artilugio se escamotea la libertad humana que se dice defender. Para obtener relaciones sociales más justas, se sostiene, basta con modificar los mecanismos sociales.

Algunas de las revoluciones socialistas de nuestro siglo fracasaron, en mi opinión, por este error de concepto, porque las transformaciones estructurales no produjeron inmediatamente un cambio del hombre, ni de los tipos de relación social, no apareció el *hombre nuevo*. El acento colocado en lo económico y en lo político hizo olvidar la importancia de la ética en la construcción de la sociedad del mañana. Por ello la disolución de la Unión Soviética permitió conocer más en detalle lo que ya se suponía o intuía, la enorme corrupción de los dirigentes soviéticos y la desidia que se manifestó en el trabajo del hombre soviético, no comprometido con ese cambio. Ambas eran dos caras del mismo proceso, la objetivación del cambio, es

¹¹ Este tema ha sido trabajado con más detenimiento en mi trabajo *La comunidad organizada - Apuntes para una investigación* político- filosófica, desde el pensamiento utópico, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

¹² Remito una vez más al trabajo publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

decir la puesta fuera de la conciencia, convirtió a la revolución soviética en una transformación estructural de la economía que, si logró el desarrollo tecnológico-industrial en el terreno de la producción de bienes, en el que realmente competía con el capitalismo liberal, no resolvió el problema fundamental: la construcción del *hombre socialista*. No era una revolución, era un cambio de propietarios que dejaba intacto el sistema de explotación y alienación del hombre. El hombre nacido en ese *proceso revolucionario* mantenía la misma actitud de distanciamiento y descompromiso que el *hombre alienado* del capitalismo. De allí su fracaso.

Este tema es de una importancia no siempre reconocida, que ha impedido una lectura correcta del fracaso de la experiencia soviética. No creo que se haya dado allí un fracaso del “socialismo” sino sólo la frustración de un intento, abortado por el predominio del lastre del *estado zarista*, concentrador del poder en el estado centralizado y opresor de los sectores sociales más pobres. Esta herencia pesó muy fuerte en contra de la posibilidad de una participación popular en los asuntos de la nueva sociedad que nacía, participación y compromiso que hubiera borrado la alienación y el distanciamiento. El peso de la concepción estalinista en lo doctrinario, de la necesidad de la *dictadura del proletariado* que aparece en Marx, con una posterior elaboración de Lenin, llevó a la distorsión al poner todo el acento en la *dictadura* olvidando que debía ser puesta al servicio del *proletariado*. Despojando del peso conceptual que tenía la referencia a la necesidad de ser de los trabajadores. Es decir de todo el pueblo, contra la posibilidad de reacción de los sectores desplazados de sus privilegios. Esto no quiere decir que haya que compartir el concepto de dictadura. La falta de un debate serio y riguroso sobre las implicancias de este concepto corre el riesgo de caer en un error antropológico y pedagógico. El pretender que la transformación haya que hacerla “contra” o por la “fuerza”. Despreciando la libertad humana se desprecia la dignidad de la persona. Este modo de pensar el cambio social no reconoce en toda su dimensión el valor de la educación en libertad, de la convicción, del compromiso de los que emprenden el camino del cambio y coparticipan de él.

Enmarcado dentro del contexto de esta reflexión, quiero comentar el artículo publicado en *Marcha*, el 12 de Marzo de 1965, con la firma de alguien que hablaba desde dentro mismo de este intento de transformar la sociedad explotadora del capitalismo, me refiero a Ernesto “Che” Guevara. En sus páginas sostiene afirmaciones que fueron quedando en el olvido, a pesar de lo meduloso de sus aportes. Dice, sosteniendo una tesis no compartida por el marxismo de la época: “Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material, hay que hacer al hombre nuevo”. No es suficiente modificar la estructura de producción ni cambiar *las relaciones sociales de producción*, en la terminología marxista. “El cambio no se produce automáticamente en la conciencia...” es necesario trabajar sobre la educación, entendida ésta en un sentido amplio, no escolar, para que las modificaciones se vayan produciendo lenta pero continuamente en esa conciencia. “Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay períodos de aceleración, otros pausados e, incluso, de retroceso”, y hay que respetar el tiempo de ese cambio que no puede imponerse desde afuera:

En este período de construcción podemos ver al hombre nuevo que va naciendo: Su imagen no está acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas. Descontando aquellos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que aun dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen tendencia a caminar aislados de la masa que acompañan. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma. (subrayados RVL)

En este lenguaje no aparece la dureza dogmática de la “necesidad de la dictadura del proletariado”, se habla de educar, del respeto por los tiempos del hombre común, la *masa* según sus palabras, pero sin renunciar a darle el ritmo mayor posible; de la necesidad de aprender de ese hombre común, pero sin olvidarse de *educar con el ejemplo de las conductas de los dirigentes*. Algunos podrán argumentar que no fue Cuba un modelo de lo que Guevara predica, no es fácil responder a esta crítica. Pero no debe olvidarse la situación internacional de la década del sesenta y el duro precio que pagó por su dependencia necesaria de la Unión Soviética, que el mismo Guevara asume y critica en otros escritos. Pero a mi entender es muy interesante que un hombre del riñón del proceso revolucionario cubano diga esto en esos términos. Podemos aceptar que lo dice en 1965, cuando ya no está en Cuba, es probable que así sea, que la distancia le haya permitido una mayor capacidad crítica y autocrítica, pero no por ello tienen menos valor sus palabras. Aunque aceptando la hipótesis de que éstas no respondan a la verdad de las circunstancias cubanas, aun así tienen valor por lo que dicen y por quien las dice. Nos propone pensar juntos este proceso:

Intentaré, ahora, definir al individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad. Creo que lo más sencillo es reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas. El proceso es doble, por un lado actúa la sociedad con su educación directa e indirecta, por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación. (subrayados RVL)

La construcción no es tarea sencilla ni rápida, pero sí posible. La tarea requiere una educación y una autoeducación permanente, atenta a los resabios de la vieja educación de la cultura burguesa:

La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no sólo en la conciencia individual, en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este periodo de transición, con persistencia de las relaciones mercantiles. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo... Como ya dije, en momentos de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela. (subrayados RVL)

Aparece en este párrafo una alusión indirecta a las corrientes del marxismo dogmático que ponía todo el acento en la apropiación y el desarrollo de los medios de producción, dejando para un proceso que se daría como consecuencia necesaria, en segundo término, la educación del pueblo en los nuevos valores y prácticas que exige la construcción de nuevas formas de vida. Pero esta tarea dice debe ser el resultado del compromiso de todo el pueblo, convertido “en una gigantesca escuela”:

En nuestro caso, la educación directa adquiere una importancia mucho mayor. La explicación es convincente porque es verdadera; no precisa de subterfugios. Se ejerce a través del aparato educativo del Estado en función de la cultura general, técnica e ideológica, por medio de organismos tales como el Ministerio de Educación y el aparato de divulgación del partido. La educación prende en las masas y la nueva actitud preconizada tiende a convertirse en hábito; la masa la va haciendo suya y presiona a quienes no se han educado todavía. Esta es la forma indirecta de educar a las masas, tan poderosa como aquella otra. Pero el proceso es consciente; el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. Bajo el influjo de la presión que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya propia falta de desarrollo le ha impedido hacerlo hasta ahora. Se autoeduca. (subrayados RVL)

No se le escapa y no quiere ocultar que todo esto entraña enormes dificultades, que la tarea adquiere dimensiones gigantescas, por lo cual se debe tener la paciencia de respetar los tiempos. Se tiene que mantener un extraño equilibrio entre la necesidad de acelerar, en la medida de lo posible, y no apresurarse demasiado hasta el punto en que se vean separados del conjunto del pueblo. Es lo que ha ocurrido en América con algunas *vanguardias esclarecidas*. Quiero atraer la atención del lector sobre este otro modo de estar hablando de los dos conceptos que venimos pensando: la *ideología* y la *utopía*. La construcción del *hombre nuevo* reconoce la tensión existente entre los viejos hábitos, “pesa la educación sistemática”, resultado del sistema ideológico a superar y “la nueva actitud preconizada” que contiene los valores de la utopía para ese hombre que se está educando. Esa tensión representa una lucha permanente, la ideología de la dominación tira hacia atrás y retarda el avance, la utopía de la liberación exige apurar la marcha, pero debe respetar los tiempos del pueblo:

El camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder; otras, por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas; en ocasiones por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones. En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que ésta sólo podrá avanzar más rápido si la alentamos con nuestro ejemplo. A pesar de la importancia dada a los estímulos morales, el hecho de que exista la división en dos grupos principales indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social. El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; ésta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que les permite ir al sacrificio en su función de avanzada, los segundos sólo ven a medias y deben ser sometidos a estímulos y presiones de cierta intensidad. (subrayados RVL)

Pero la fe, la confianza, la esperanza tienen más fuerza que las dificultades por ello puede decir, con una profunda satisfacción por la tarea realizada que, aunque le falta mucho, también es mucho lo que se ha avanzado. La educación, como quedó dicho, exige una dedicación permanente en cada uno y en la totalidad del pueblo. Construir un *hombre nuevo* es tarea de más de una generación. Si las raíces comienzan a crecer con fuerza las nuevas generaciones encontrarán un suelo preparado. Para ello se presenta la imperiosa necesidad de no dejar esto librado a las leyes o a la dinámica de los cambios que la sociedad puede producir desde sí misma. Este proceso debe adquirir la necesaria institucionalización que haga perdurable la tarea:

No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor. Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación. Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte. (subrayados RVL)

Por lo tanto, la educación debe tener en cuenta a un sector social que, por su misma esencia, son los dueños del futuro. En ellos que da depositada toda la esperanza, por eso hacia ellos también debe dirigirse el mayor esfuerzo:

En nuestra sociedad, juegan un gran papel la juventud... Particularmente importante es por ser la arcilla maleable con que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores. Ella recibe un trato acorde con nuestras ambiciones. Su educación es cada vez más completa y no olvidamos su integración al trabajo desde los primeros instantes. El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos. Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo con una nueva técnica. La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud; en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera. (subrayados RVL)

Quiero dejar señalado aquí las reminiscencias evangélicas que este lenguaje tiene. Tanto por la apelación a la construcción de un *hombre nuevo* (concepto no utilizado en la terminología marxista), como por sus referencias a eliminar las “taras anteriores”. Coloca el énfasis en la *predicación* de las nuevas formas de vida expresada en otros términos: *predicar con el ejemplo*, que en lenguaje cristiano se expresaría como *dar testimonio*, coloca así en primer lugar la ética personal por sobre toda otra aseveración doctrinaria. Y en sus palabras hay una velada crítica a otras experiencias revolucionarias por la actitud asumida ante las resistencias al cambio que encontraron. “En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado”. Y avanza en sus reflexiones sobre la experiencia de este *hombre nuevo*:

El socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarias para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales y los métodos convencionales sufren la influencia de la sociedad que los creó... El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente éste es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad. (subrayado RVL)

Desbrozando lo que dice en el lenguaje propio de su época, y de la terminología exigida por el público al que se dirigía, la izquierda internacional de entonces, nos encontramos con una crítica muy profunda a ese “marxismo-leninismo” dogmático al que quiere aportar su experiencia en la práctica constructora. Colocar el motor del cambio en las *transformaciones de la conciencia* no corresponde a la doctrina del marxismo imperante. Esto tampoco fue revisado por la izquierda de los años siguientes. Ésta ponía el acento en el cambio de estructuras, como quedó dicho más arriba, entendidas como formas de relación social ajenas al individuo e impuestas a éste.

Este corrimiento del eje de la transformación tiene muy claros antecedentes evangélicos que, a partir de Pablo, fueron desarrollados en todo el pensamiento cristiano latinoamericano. Mi sospecha no parece infundada sobre el hecho de que haya apelado a una terminología que no pertenece al arsenal del “marxismo-leninismo” para poder avanzar en la exposición de sus ideas. Por la novedad que aportaban sus ideas era imprescindible apelar a nuevas categorías y encontró en los modos del habla popular, fuertemente enraizados en la cultura cristiana latinoamericana, los conceptos aptos para poderla expresar. Sigamos avanzando en las tesis de Guevara:

No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año pueda alguien ir a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha riqueza interior y con mucha responsabilidad... Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un

revolucionario auténtico sin esta cualidad... En estas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmatismos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo... (subrayados RVL)

¿Cómo hablaría Pablo en el siglo XX? ¿Utilizaría un lenguaje muy diferente a éste? Está claro que la respuesta no la podemos tener, pero esta disparatada propuesta permite jugar con la hipótesis. Si algo faltaba a la prédica evangélica, ya apareció: *la necesidad del amor* sin el cual no se puede hablar de *un revolucionario auténtico*, al que se suma el *sentido de la justicia y de la verdad*. Reléase la carta a los colosenses y se podrá tener una clara idea de lo afirmado. Pero si esto suena demasiado romántico, en la actitud crítica con que estamos leyendo sus palabras, nos encontramos con conceptos concretos. Se desprende de la lectura de sus afirmaciones que Guevara era plenamente consciente de la transgresión doctrinaria que realizaba. Por ello dice “*a riesgo de parecer ridículo*”, adelantándose a una crítica desde las corrientes dogmáticas con la que contaba. Nos aporta dos líneas de pensamiento en la dirección de hacer viable su propuesta. Una primera es la de comparar este proceso con el inicio del capitalismo mostrando las similitudes, lo que convierte su propuesta en históricamente posible:

Las grandes líneas del fenómeno son similares al proceso de formación de la conciencia capitalista en su primera época. El capitalismo recurre a la fuerza, pero, además, educa a la gente en el sistema. La propaganda directa se realiza por los encargados de explicar la ineluctabilidad de un régimen de clases, ya sea de origen divino o por imposición de la naturaleza como ente mecánico. Esto aplaca a las masas que se ven oprimidas por un mal contra el cual no es posible la lucha. A continuación viene la esperanza, y en esto se diferencia de los anteriores regímenes de casta que no daban salida posible. La innovación, la separación en clases es fatal, pero los individuos pueden salir de aquella a la que pertenecen mediante el trabajo, la iniciativa, etc... (subrayados RVL)

Afirma, entonces, con un claro intento de ser pedagógico, que también el capitalismo creó un *hombre nuevo* respecto del hombre de la sociedad feudal o de castas, que lo educó en la nueva ideología de la lucha contra sus iguales (todos contra todos) para salir de su situación partiendo de la posibilidad de la oferta de un logro individual. Este hombre, como se puede ver en la comuna aldeana¹³, es el producto de la transformación del hombre solidario anterior, convertido ahora en individualista y competitivo. No quiere decir esto que el egoísmo sea una novedad de la cultura burguesa. La cultura burguesa incitó el desarrollo de los modos individuales y egoístas que habían quedado sepultados tras siglos de cultura comunitaria. Si fue posible educar en este último sentido transformando al hombre comunitario¹⁴ es un ser individualista ¿por qué no puede ser educado ahora para recuperar las formas y modalidades tradicionales? Una respuesta para el escepticismo imperante hoy.

La sociedad burguesa garantizó ese proceso de transformación, en los inicios del capitalismo, mediante la creación de formas institucionales que incentivaron y mantuvieron los éxitos individuales alcanzados: la *empresa capitalista*. Esta forma institucional económica se desarrolló sobre la base de la explotación del trabajo asalariado, apoyada en la institución jurídica de la propiedad privada. La prédica de la competencia desarrollada en el juego del mercado libre, convertida en virtud y en camino para la conquista de los logros que se propusieran, fue consolidando esa educación. Al garantizar la acumulación

¹³ Consultar mis trabajos *Del hombre comunitario...*, y *Los orígenes del capitalismo moderno*, Parte Primera, publicados en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

¹⁴ Recordar aquí lo visto de las culturas originarias y en la *Confederación de las doce tribus*.

individual de riquezas cultural y jurídicamente como modos de la realización personal se aseguró que no corriera riesgo el capital acumulado, sea cual haya sido el modo en que este hubiera sido obtenido. Es necesario, pensando hacia el futuro, desarrollar la creatividad intelectual en orden a la generación de posibilidades de propuestas educativas, sostenidas culturales, éticas e institucionalmente que avalen el proceso de creación de un *hombre nuevo* solidario. Sigamos leyendo a Guevara:

Todo esto entraña, para su éxito total, la necesidad de una serie de mecanismos, las instituciones revolucionarias. En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan esa marcha, que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o atentan contra la sociedad en construcción. (subrayados RVL)

Es necesario dejar aclarado acá que toda esta revisión del pensamiento de Guevara no pretende canonizar su actividad guerrillera. Quiero dejar afirmado que no comparto que la *violencia sea el un único método apto para la revolución social*. Deben respetarse las condiciones históricas que pueden obligar a tomar por ese camino, pero debe dejarse abierto el pensamiento para pensar en cada situación concreta lo más aconsejable. Usar este concepto, revolución social, y entenderlo como vía necesariamente violenta de transformación es un dogmatismo fuera de lugar hoy. En este aspecto se debe ser muy cuidadoso en el respeto de los caminos propios de la *situación histórica y política* de cada pueblo. Deberá adquirir las características particulares de la sociedad a la que se quiera liberar. *Revolucionar* significa proponer una modificación que cuestione la esencia misma de una sociedad, y este revolucionar, para esta etapa del desarrollo de la sociedad capitalista concentrada, significa la búsqueda de recuperar para “todo el hombre y para todos los hombres” su dignidad de persona humana. Hoy tarea imprescindible frente al *capitalismo salvaje*, estructurado sobre el lucro y la explotación del hombre trabajador. La *pluralidad de pueblos* exige la *pluralidad de caminos* que respeten las *individualidades culturales*. Así puede comprenderse la consigna zapatista: “Un mundo en el que quepan muchos mundos”.

Por ello muchos autores han hablado de la *Revolución Capitalista*, porque lo ha sido, al hacer referencia al período de transformaciones que sufrió el orden feudal, del siglo XVI en adelante en Europa¹⁵, sin que ello implicara necesariamente violencia, aun cuando más de una vez la hubo. Aquella etapa histórica, al haber colocado en la vanguardia de la revolución a la burguesía, coloreó con los intereses de esta clase la revolución que se había propuesto y ejecutado. Adquirió entonces la creatividad que dio lugar a una sociedad nueva: el capitalismo mercantil. Sin embargo es necesario dejar dicho, para evitar confusiones, que no es lo mismo “revolución” que “cambio social”. Cuando la sociología norteamericana habla de “cambio social” está haciendo referencia a modificaciones cosméticas que no ponen en peligro el sistema imperante; modificaciones tendientes a resolver los conflictos que el sistema genera con la mira puesta en el buen funcionamiento, dentro del marco del capitalismo actual. Estos cambios son necesarios para ese mejoramiento. El paso del capitalismo mercantil hacia el capitalismo industrial permitió la producción en masa como no se había conocido en la historia anterior. Esto permitió desterrar las terribles hambrunas medievales, dada la capacidad de producción que esa etapa del capitalismo había logrado.

Las capacidades productivas logradas que hubieran posibilitado la satisfacción de las necesidades de la totalidad de la población no cumplieron con sus promesas: la Igualdad, Libertad, Fraternidad de las banderas de la Revolución francesa. La burguesía industrial se dejó arrastrar por la avidez de riquezas lo que impidió la distribución de ellas. Comienza así una etapa de concentración en uno de los polos sociales

y de empobrecimiento del otro. Las posibilidades de emancipación de las necesidades que prometía la primera Revolución industrial (1750-1800) y que se veían consolidadas por la segunda Revolución de la segunda mitad del siglo XIX, se vieron desvirtuadas por el programa político de la burguesía. La polarización social agudizó las contradicciones internas del capitalismo industrial y la explotación del trabajo adquirió perfiles muy agudos. El siglo XX se vio en la necesidad de pensar cambios posibles a esta situación, dentro de la sociedad occidental, que lograron algunos cambios pero que no resolvió la situación. Las últimas décadas de este siglo y lo que del siguiente ha colocado al mundo en una *situación revolucionaria*, dado que los cambios sociales ya no alcanzan para dar una respuesta adecuada a la problemática social. Por ello estamos en la aurora de una revolución aunque no sepamos todavía el carácter que ésta tendrá.

El intento de estas páginas es poder pensar la generación de ideas que comprometan la creación de una sociedad más justa, por ello no deben detenernos prejuicios de ninguna naturaleza. Haber podido pensar junto a Guevara, recoger sus reflexiones sobre su experiencia revolucionaria, que nos propone una serie de afirmaciones sobre la transformación del orden social, es una tarea siempre saludable para el intelecto. Mi propósito de mostrar que esas reflexiones contienen conclusiones adelantadas milenariamente por la sabiduría judeo-cristiana, sólo significa que la consideración de los problemas humanos tiene en la fuente evangélica guías de pensamiento que ayudan en la búsqueda de una correcta resolución. Esto no pretende decir que Guevara haya acudido o no, a esa fuente. Lo que debe decirnos es que cuando la búsqueda es honesta y sincera se desemboca en soluciones compartidas, que aquí pueden encontrarse en su *caminar junto al pueblo* y en el *aprender de los más humildes* una de las posibilidades de esa concordancia. Que en el pensamiento de Guevara aparezcan tantas similitudes con Pablo de Tarso puede decirnos, tal vez, que lo recogido por su experiencia se nutrió de la cultura popular cubana de fuerte raigambre cristiana.

Lo cierto, que sale de un análisis comparativo de los textos, es que no hay sólo semejanzas terminológicas, que indicarían nada más que algún grado de casualidad, lo que sorprende y admira es que hay un trasfondo doctrinario de una profundidad humana que el cristianismo comparte totalmente. Esto es altamente significativo, que utilizando la terminología del marxismo-leninismo, imposible de modificar en aquella época sin correr el riesgo de ser tratado de “traidor burgués”, haya innovado y aportado a la teoría revolucionaria. Ante su crítica al dogmatismo soviético, una muy dura crítica teórica a ese tipo de dogmatismo que él le hacía llegar a sus compañeros cubanos, sólo su enorme prestigio revolucionario lo ponía a cubierto de tales sospechas. Y aun cuando su tarea posterior lo siguió llevando por la senda de la vía violenta esto no invalida la importancia de lo que dice. Creo que por causa de ese camino que siguió, del que no pudo sustraerse, se diluyó el valioso aporte que había hecho. Por otra parte, es muy probable que aquella etapa no tuviera oídos para escuchar lo que la experiencia revolucionaria del luchador le había permitido aprender: *que la sola transformación de las estructuras sociales no es garantía suficiente*; que la revolución requiere transformar el corazón de los hombres, sin lo cual no hay revolución, sino sólo modificaciones económicas, como la experiencia soviética nos enseñó.

El aporte de Guevara debe ser entendido en el sentido de que las exigencias de una *verdadera revolución* pasan por el corazón del hombre, y éstas son verdades que están acumuladas en la *experiencia milenaria* judeo-cristiana. Las tareas que impone una revolución no son válidas ni fructíferas sin amor, *un amor profundo y desinteresado por el hombre*, verdad que se expresa en el *ágape* de la *gratuidad*

¹⁵ Consultar *Los orígenes del capitalismo...*, ob. cit.

crisiana. El mejor método para la prédica es el testimonio personal, el ejemplo cotidiano de los que encarnan el liderazgo del proceso revolucionario. Esto lo aprendió Guevara de su experiencia por la gran capacidad crítica y autocrítica que mostró, unida a su valentía para decirlo. Consciente de hablar un lenguaje transgresor para la política y la ideología de ese momento dice, insisto en ello, “a riesgo de parecer ridículo”, cuando afirma algunas verdades no coincidentes con la doctrina dominante. Al hablar de los cambios de actitud frente al trabajo lo hace en estos llamativos términos: “Todavía le falta el lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos”. Hablaba de la necesidad de que los cambios se lograrán mediante el reconocimiento personal que expresan los “incentivos espirituales”, en ellos encontraba él la fuerza transformadora de la sociedad.

Dejemos aquí a Ernesto Guevara de quien hoy deberíamos, por lo menos, recuperar su fe en el hombre, su fe en un mañana mejor, su compromiso con esa tarea, aunque no se compartiera el camino para lograrlo. Sobre todo hoy cuando intentan convencernos de que todo proyecto de cambio va camino al fracaso, porque en el hombre sólo podemos encontrar egoísmo y pequeñez. Es esta antropología incorrecta la fuente del error y del escepticismo a que da lugar. La insistencia de comenzar a pensar todos estos procesos, y sus posibles reestructuraciones, en reconstruir una sana antropología que pueda sostener “*la verdad sobre el hombre*” no hace más que afirmar un principio doctrinario que la experiencia histórica ha convalidado.

Reflexiones finales

Hemos partido de la propuesta de pensar en dos conceptos teóricos que intentan dar cuenta de dos fenómenos sociales. Estos fenómenos funcionan como parte del imaginario colectivo. Equivale a decir: el conjunto de ideas y valores que un pueblo tiene, en tanto tal, que consolida la configuración histórica de su modo particular de *ser pueblo, tener una cultura* o, en términos filosóficos un *ethos*. Sobre ese imaginario se va construyendo una historia que parte de lo que podemos denominar los *mitos fundacionales*. Mitos acá quiere decir aquellas narraciones sobre las que se asienta la historia posterior, que traza los rasgos originales que se irán convirtiendo en valores de la nacionalidad. No debe confundirse el concepto de mito con la utilización que de él ha hecho la cultura científica del occidente moderno. Al contraponerlo al *saber científico*, todo aquello que no exhibía una debida demostración empírica quedaba relegado a la categoría de mera creencia, leyenda u opiniones.

Acá debemos entender por mito una narración que aparece recubierta con un ropaje propio de la época en que comienza a ser relatado, con algunos dejos de fantasía, pero que envuelve en su interior hechos históricos reales de los cuales no hay más fuente que la tradición oral. Así podemos encontrar a Homero en la tradición cultural helena, que pasa por ser el autor de la *Ilíada* y la *Odisea*, en las que se narra los orígenes del pueblo griego, pero de quien no se tiene aún hoy pruebas ciertas de su autoría, ni siquiera de su existencia, ubicando su probable nacimiento entre los siglos X y VIII a. C. Las obras señaladas se transmitieron por tradición oral a través de los rapsodas, por más de dos o tres siglos hasta que en el VI adquirió su forma escrita. Otro tanto debemos decir de la tradición hebrea en la que las figuras fundantes, Abraham y Moisés, no han sido ubicados con certeza, suponiendo que el primero vivió alrededor del siglo XIX a.C. en Ur, al sur de Babilonia para luego emigrar hacia Canaán (Palestina); el segundo nació en Egipto a comienzos del siglo XIII a. C. y encabezó el éxodo de una parte de los hebreos esclavizados por el faraón hacia las tierras de Canaán, la *Tierra Prometida*.

La personalidad histórica que propuso una síntesis entre la tradición hebrea y la influencia que el helenismo había ejercido en la Palestina, fue Jesús de Nazaret. Recogió la historia teológica del pueblo de Israel y la tamizó pasando por el cedazo de una crítica fuerte todas las desviaciones corruptas que el poder del *Templo* y la *Monarquía* habían introducido en la tradición. Esta crítica encontraba su fundamento en la experiencia política de la *Confederación de las Doce Tribus* que habían convenido en el *Pacto de Siquem* (probablemente siglo XII a. C.) un hito importante, al colocar una de las piedras fundacionales de la historia de los dos siglos posteriores. Comenzará así la etapa de la *Confederación*, cuya acta de fundación que juran respetar todos se conoció posteriormente como las *Tablas de la Ley* o *Decálogo*, cuyo elemento político central fue la aceptación de un solo Dios, Yavé, y la condición igualitaria de todos los miembros. Leamos a Rubén Dri:

En ese entonces, Israel no formaba un pueblo. Sólo había un mosaico de grupos que por necesidad se unían para defenderse de las monarquías. El libro de Josué nos ha dejado un dramático relato de la "asamblea de Siquem", en la cual las tribus tomaron una decisión radical... Las diez palabras o Decálogo expresa el ethos de la alianza, es decir, los valores compartidos por las tribus que la conforman. En ellas se sintetiza el proyecto político que sustenta la alianza... En esta alianza aparece como característica fundamental el reconocimiento de Yavé como señor, lo cual significa, por una parte el desconocimiento del Estado, pues éste es siempre la monarquía... Por otra parte, el pacto significa también la igualdad de los miembros de la confederación y la solidaridad común que se expresará en el Decálogo.

Políticamente, los campesinos de la confederación tenían completamente claro que el enemigo principal se llamaba monarquía... El igualitarismo es esencial al proyecto religioso-político

confederado e implica necesariamente una exigencia de democratización de la sociedad. Precisamente, el único rey admitido es Yavé. Ésta es una propuesta del grupo de Moisés, aceptada por los demás grupos. Esa sociedad es el reino de Yavé o, en otras palabras, el reino de Dios. Ese Dios es enemigo de todas las monarquías y, por ende, de todos los Estados, pues todos ellos son monárquicos... Nace una nueva sociedad, el reino de Dios; igualitaria, diversificada, bien organizada y con poder repartido y descentralizado.¹⁶

El abuso de las citas tiene como objetivo dejar despejado de prejuicios, arrastrados a lo largo de siglos, lo que debemos reconocer como un fundamento de nuestra cultura latinoamericana. En ese cimiento sólido de experiencias históricas que se fueron convirtiendo en *ideología*, con todos los aditamentos positivos y negativos que la historia de poder le fue adosando, pero que también guardaron lo mejor de las promesas de *un mundo mejor*. Esta es la utopía que recuperó de la modernidad, como ya quedó dicho. También nos ayuda a comprender la influencia que todo esto ha tenido en el pensamiento de Guevara.

En todas estas narraciones hay elementos históricos y fantasiosos, pero la narración básica contiene una historia que ha sucedido así, aunque sus detalles no puedan aceptarse *todos* como reales. Para no extender este trabajo podemos quedarnos, como ejemplos, con estos dos mitos. Pero es necesario comprender que podemos encontrar en cada pueblo puntos de partidas semejantes. Los elegidos tienen la importancia de contener gran parte de las ideas y valores, el *ethos* que ha servido de fundamento a la cultura occidental: la idea de *democracia, política, economía, filosofía*, por una parte y la idea de *persona, de proyecto humano, de comunidad, de amor y servicio al necesitado*, por la otra son algunas de las ideas que dieron forma a occidente, y sobre ellas se fue edificando todo el entramado de conceptos y valores que dieron su peculiaridad a la cultura occidental. El parlamentarismo encuentra su origen en la polis griega, así como la Declaración de los Derechos del Hombre tiene como antecedente el Sermón de la Montaña.

La figura histórica de Jesús de Nazaret cobra, entonces, una importancia decisiva porque en su prédica pueden encontrarse los valores básicos de occidente. Estos valores, con diferente suerte, sostuvieron las luchas más importantes por la liberación del hombre y dieron a este occidente una ideología que contenía los valores de *libertad e igualdad*. Éstos pueden rastrearse desde la promesa de la *imagen y semejanza*, del Génesis, pasando por las rebeliones contra el Imperio romano, las catacumbas, la persecución de los cristianos, hasta su plasmación en la Revolución francesa. América Latina, como heredera de esos ideales, ha llevado adelante sus luchas por la emancipación que no han concluido todavía. Por ello puede afirmarse, si se ha comprendido lo expuesto en profundidad, que el occidente es cristiano no como hecho religioso ni como dependencia de las iglesias, sino como ideología liberadora que postula y defiende la dignidad del hombre. Van en este mismo sentido las palabras de un ateo confeso que, sin embargo, reivindica esta línea de pensamiento Fidel Castro:

Como en todo pensamiento humanista occidental hay en Martí un contenido de ética cristiana [...] Es lo que digo también del Nuevo Testamento y la prédica cristiana. Con las prédicas de Cristo se puede hacer un programa socialista radical. Los sermones, las parábolas y los pensamientos de Cristo fueron recogidos por unos pescadores que no sabían leer ni escribir [...] El rico Espulión le pagó lo mismo al que trabajó cuatro horas que al que trabajó ocho, una distribución comunista, ni siquiera socialista. Bueno, Cristo hasta usó la violencia en determinado momento, cuando azotó a los mercaderes y los expulsó del Templo [...] Si me llaman cristiano, no desde el punto de vista

¹⁶ Dri, Rubén, *Autoritarismo y democracia en la Biblia y en la Iglesia*, Editorial Biblos, 1996.

religioso, pero sí desde el punto de vista social, afirmo que yo también soy cristiano.¹⁷ (subrayados RVL)

Entonces la ideología cristiana de occidente, sometida constantemente a una revisión crítica rigurosa y desprejuiciada, con espíritu de libertad, de una libertad sostenida por los valores e ideales de lo mejor de la tradición judeocristiana ha sido, es y será la garantía de un justo proyecto de liberación. Una vez más insisto en el espíritu subyacente de las ideas de Guevara, de quien me atrevo a decir que fue cristiano aunque haya sido ateo, dado que su ateísmo no impidió que su práctica política estuviera siempre al servicio de la liberación de los oprimidos, lo mejor del testimonio del nazareno. Sobre esta tradición la utopía adquiere una fuerza ancestral que la galvaniza contra los escepticismos en uso. La ideología como portadores de los valores de la emancipación de los pueblos en tensión con la utopía de construir un mundo igualitario, debe dar lugar a un juego dialéctico que, apoyado en un sano juicio político sobre las posibilidades históricas, vaya avanzando, “sin prisa y sin pausa” en su realización. Sin olvidar que en el pluralismo cada cultura abrirá los caminos propios de cada pueblo en esta construcción y que el diálogo fraternal entre ellos dará lugar a un aprendizaje y a una enseñanza revolucionaria.

En los textos que siguen pueden leerse, a modo de ejercicio, las palabras del subcomandante Marcos y desentrañar en ellas los conceptos que hemos venido analizando en estas páginas. El primero contiene las palabras del zapatista cuando se presentó en la Universidad Nacional Autónoma de México, el segundo las palabras que, vía telefónica, se pudieron oír en la Plaza de Mayo en el acto de repudio a un nuevo aniversario del golpe militar que abrió el Proceso de las Juntas militares en 1976.

Discurso del subcomandante Marcos en la Universidad Nacional Autónoma de México el 21 de marzo de 2001

Hermanos y hermanas estudiantes y estudiantas de los colegios de ciencias y humanidades, de la escuela nacional preparatoria, de las facultades y escuelas nacionales. Hermanos y hermanas, maestros y maestras, investigadores e investigadoras. Hermanos y hermanas trabajadores y trabajadoras manuales y administrativos. Universitarios todos:

Es un honor para nosotros los zapatistas estar en la máxima casa de estudios del país, la Universidad Nacional Autónoma de México. Porque por mucha publicidad que paguen las universidades privadas, ninguna de ellas puede ocupar el lugar que la UNAM tiene y que le han sabido ganar quienes la trabajan, la estudian y la viven. Les agradecemos, a todas y a todos, el haber abierto este espacio. Sabemos que no son pocas las dificultades que han tenido que superar para que nuestra visita sea una realidad. Sabemos que todas y todos pusieron su mejor esfuerzo y supieron posponer las diferencias que son naturales y, además, deseables en una universidad.

Porque la universidad es eso, un universo de pensamientos que aprenden a convivir, que no a sucumbir, unos con otros. Sabemos también que hay heridas profundas en uno y otro lado. No hemos venido a ahondar las unas o las otras. Tampoco a erigirnos en juez que dicta sentencia según el voluble jurado de los medios que un día absuelven y el otro condenan. Ojalá y quienes no escatimaron críticas y calificativos despectivos a la UNAM por el movimiento de huelga pasado, hoy reconozcan que se están

¹⁷ Ramonet, Ignacio, *Fidel Castro, biografía a dos voces*, Editorial Sudamericana, 2006. Las citas de los Evangelios corresponden: la primera a Marcos 20, 1-16 y la segunda a Marcos 11, 15-19.

sentando ya las bases para un gran proyecto, tolerante e incluyente, de defensa de la universidad pública y gratuita.

Allá arriba desean una universidad atrapada en el falso del dilema del inmovilismo o la acción irreflexiva. Cualquiera de estas dos opciones beneficia a quienes han puesto en la mira privatizadora la educación superior, la energía eléctrica, el petróleo, el patrimonio cultural, los pueblos indios, la nación entera. Quienes piensan que la UNAM terminará por desgastarse en pugnas internas, pronto verán su error. Aquí, frente a nosotros, están algunos de los mejores hombres y mujeres de México, estudiantes, maestros y trabajadores, jóvenes en su mayoría, y sus acciones habrán de despertar la admiración y el respeto, no sólo de quienes ya los queremos y admiramos. También de otros que, como nosotros, luchamos por la dignidad.

Universidad Nacional Autónoma de México, los zapatistas te saludan. Universitarios y universitarias: No vendré yo a decirles lo que cuesta llevar ese nombre sobre el pecho. Ustedes lo saben bien porque lo llevan con dignidad. Ese escudo no es sólo la pertenencia a una casa de estudios superiores. Es también una marca que provocará orgullo o vergüenza en quien la porta, dependiendo del lugar que en el mañana se ocupe. Nosotros, quienes somos el color de la tierra, pensamos que la mejor forma de asomarse al mañana es mirando hacia abajo.

Nuestros más antiguos nos enseñaron que la verdad suele buscar su nido pegado al suelo, y que la mentira busca las alturas para así saberse impune y poderosa. En la tierra que se crece hacia arriba, arriba está el poder del dinero y abajo está quien sobre su espalda sostiene las torres y, sin embargo, debe conformarse con recoger las sobras y basuras que de lo alto vienen. Abajo está el que somos color de la tierra, el indígena, el obrero, el campesino, el empleado, el maestro, el estudiante, el ama de casa, el colono, el intelectual, el artista, el religioso, el homosexual, la lesbiana, el desempleado, el joven, el hombre, la mujer, el anciano, el niño. Abajo está el niño, sí. Sabiéndolo mirar podremos asomarnos al mañana y entonces podremos optar, escoger, elegir nuestro lugar.

Muchas veces hemos oído que todos, sobre todo los jóvenes, deben mirar al futuro para hacerse responsables, maduros, adultos. Miremos pues. Ahí está: no hay más que números. Nos marcan con un número. En la adolescencia somos el número de cuenta en la escuela, en la juventud sumamos, a los 18 años, el número de la credencial de elector y el número del registro federal de causantes. A partir de ahí, la madurez se alcanza sumando más números: el número de la tarjeta de crédito, el número de la cuenta bancaria, el número de la credencial de manejo, el número de la tarjeta de circulación, el número del teléfono, el número del domicilio, el número de la tarjeta de jubilado y pensionado, el número del Insen, el número de preso dentro o fuera de la cárcel, el número del predial, de la cuenta de luz, del gas, del agua. Luego seremos número en la encuesta, en la votación, en el índice de pobreza, en el índice de analfabetismo, en el porcentaje de accidentes, de enfermedades curables, de preferencias comerciales, de radioescuchas, de televidentes, de satisfechos consumidores del detergente marca "la migaja" que todo limpia menos la conciencia.

Sí, si nos asomamos al futuro que allá arriba nos prometen, no somos lo que somos. Un número somos. No una historia. Allá arriba nos dicen que lo más importante es el individuo. Que hay que preocuparse de uno mismo, no de los demás. Que el cinismo y el egoísmo son virtudes. Que la bondad y la solidaridad son defectos a corregir. Que todo lo que sea pensamiento en común, en colectivo, es indicio de totalitarismo. Que no hay más libertad que la individual y personal. Allá arriba nos dicen que sólo importa uno en particular, el uno que es cada uno, es decir, el uno que es... Un número. Y, sin embargo, en ese

futuro no somos uno, no llegamos a ser individuos con una historia propia, con virtudes y defectos, con anhelos y frustraciones, con victorias y derrotas, con sueños y pesadillas. No, sólo somos un número.

Valemos como personas no porque luchemos. No porque nos hayamos construido una historia personal donde la dignidad sea la columna vertebral y única herencia valorada. No porque deseemos ser mejores y tratemos de serlo todos y cada uno de los minutos de todas las horas, de todos los días, de todas las semanas, de todo los meses, de todos los años. Valemos como personas si acumulamos más números que el resto. Seremos reconocidos si escalamos sobre los demás, no junto con los demás. Por cada hombre o mujer exitosos hay millones sobre cuyo fracaso se construyó el éxito de uno solo. Y los argumentos para el éxito son, otra vez, los números: tantos millones acumulados, tantos millones robados, tantas propiedades sumadas, tantas propiedades usurpadas. ¿Qué no hay colectivo exitosos? Sí hay, pero como no acumulan números pues no cuentan.

Porque allá arriba se cuentan números, no vidas ni historias. Ése es el futuro que nos prometen allá arriba y nos dicen que somos libres para escoger, no nuestro futuro, sino el número que tendremos en ese futuro al que hemos sido condenados. Pero no veamos tanto arriba y regalemos una mirada a lo que abajo hay. Hay un niño, decíamos. Un niño, no un chiquillo. Hay un niño que, por ejemplo, se llama Pedro. Y, por ejemplo, Pedro es mexicano, hijo de padre y madre mexicanos, nieto de mexicanos, hermano de mexicanos, primo, ahijado y sobrino de mexicanos. Y, por ejemplo, Pedro es indígena además de ser niño. Y por ejemplo, Pedro es pobre, además de ser mexicano, niño e indígena. Y, por ejemplo, Pedro nació en la montaña y en la montaña aprendió a jugar, a hablar, a crecer. Y Pedro tiene una casa pero no nació ni creció ni jugó en su casa porque en su casa hay unos soldados que, dicen, están ahí para defender la soberanía nacional que, hasta que no se determine otra cosa, es la soberanía de México.

Y los soldados defienden la soberanía de México frente a la amenaza de un niño mexicano, indígena y pobre. El gobierno de México usa a los soldados mexicanos para defenderse de los niños indígenas mexicanos. Y es que, dicen allá arriba, resulta que Pedro es un niño mexicano, indígena y pobre, sí, pero además es zapatista. Nadie se lo ha preguntado, pero Pedro dice que él es un niño zapatista, hijo de zapatistas, nieto de zapatistas, hermano de zapatistas, primo, ahijado y sobrino de zapatistas. Por eso Pedro nació y crece en las montañas y no en su casa, porque en lugar de números, ha sumado lo que a los ojos del poderoso son delitos. Porque en México ser niño es un delito, ser pobre es otro delito, ser indígena es un delito más y ser zapatista es el colmo del delito. Por eso hay soldados en la casa de Pedro, porque Pedro, que tiene 4 años, es un criminal para quienes allá arriba gobiernan.

Pero allá arriba dicen que ya hay cambio democrático, que el 2 de julio y la madre del muerto, así que han decidido ser generosos y han dado su sentencia: Pedro puede volver a su casa si se humilla, si sigue siendo niño y pobre e indígena pero deja de ser zapatista. Porque si deja de ser zapatista entonces aprenderá a ser un número que acumula números. Disculpen si los aburro. Ustedes son universitarios y universitarias y yo estoy aquí, haciéndoles perder su tiempo con la historia de un niño que, por cierto, se llama Pedro en honor a un insurgente zapatista caído en combate el primero de enero de 1994, cuando el color que somos de la tierra sacudió al mundo. Yo estoy hablando de un niño indígena, en lugar de hablarles de la revolución mundial, la insurrección, la táctica y la estrategia, la coyuntura, las condiciones objetivas y subjetivas, el parteaguas, el-pueblo-unido-jamás-será-vencido, el si-zapata-viviera-con-nosotros-estuviera. Yo estoy hablando de un niño indígena, en lugar de hablarles del ponte trucha, del agandalla pa que no te agandallen, del uca, uca el que se lo encuentra se lo emboruca, del presta pa la orquesta, del cumple la ley carnal, pero la de ley de Herodes y como quiera te chingas y te jodes, del

rencor estéril, del cinismo hecho carrera con doctorado incluido, del changarro, del vocho, de la tele, del pueblo-unido-invariablemente-será-vencido, del si-zapata-viviera-con-nosotros-se-aburriera.

Pero ustedes son universitarios y universitarias, y los universitarios y las universitarias son pacientes, generosos, inteligentes, así que sabrán entender que sólo estoy tratando de decirles lo que es un zapatista. Porque nosotros somos zapatistas. Bien, pues eso somos los zapatistas, los rebeldes que nos negamos a ser números, los que preferimos ser dignos, los que no nos vendemos, los que no nos rendimos, los que, cuando queremos ver al futuro, no miramos hacia arriba buscando un signo monetario; los que, cuando queremos asomarnos al mañana, miramos hacia abajo, y buscamos y vemos ahí a un niño y en él buscamos y encontramos, no lo que fuimos, sino el espejo de lo que seremos. Por eso, aunque parece que los zapatistas tenemos la mirada baja, en realidad la llevamos bien en alto, mucho más alto que quienes allá arriba creen estar muy alto. Y llevamos la vista en alto porque, cuando hablamos del mañana, estamos mirando un niño.

Esto es algo que no pueden entender ni los congresistas ni el foxi-equipo, pero estoy seguro que ustedes, que son universitarios y universitarias sí lo pueden entender. Porque, a diferencia de los que están allá arriba, ustedes sí son inteligentes, que sí no, pues estarían dirigiendo algún organismo empresarial. Ustedes sí lo pueden entender porque al mirarnos, están mirando hacia abajo y han sabido que no somos un número que busca acumular números, sino apenas un espejo.

Hermanos y hermanas de la UNAM: Queremos pedirles algo. A los estudiantes y estudiantas queremos pedirles que estudien y luchen. Que sin dejar de luchar terminen sus estudios. Que se vayan de la universidad. Que no se queden en ella. Que la universidad, con todo y ser universal, es limitada. Que allá afuera hay también otro universo y son necesarios y necesarias ahí para que luchen ahí. Que allá afuera estamos nosotros y muchos otros como nosotros. Que con nosotros tienen un lugar y no un número. Que no hagan de la juventud que tienen el pretexto para intentar hegemonizar y homogeneizar al otro alumno, al otro profesor, al otro trabajador, al otro diferente.

A los profesores y profesoras, a los investigadores e investigadoras: Les queremos pedir que enseñen a aprender. Que vean y enseñen a ver todo, incluyéndonos a nosotros, con espíritu crítico y científico. Que enseñen y se enseñen a ver al otro, porque verlo es respetarlo, y respetar al otro es respetarse a uno mismo. Que no permitan que su trabajo de docencia e investigación sea tasado según la lógica mercantil, donde importa el volumen de cuartillas y no los conocimientos que se producen, donde sólo vale la firma al pie del desplegado en apoyo al Señor Rector, donde el criterio para que un proyecto tenga presupuesto es el número de horas invertido en audiencias y cortejos a funcionarios grises y analfabetos. Que no hagan del saber un poder que pretenda hegemonizar y homogeneizar al otro profesor, al otro investigador, al otro alumno, al otro trabajador.

A los trabajadores y trabajadoras: Queremos pedirles que recuerden que ustedes escribieron antes páginas gloriosas en la lucha por mejores condiciones laborales. Que no olviden que fueron ejemplo de solidaridad con las causas justas en México y en el mundo. Que, ustedes lo saben mejor que nosotros, hagan memoria y vean que el libro de su historia no ha llegado a la página final todavía. A todos los universitarios y universitarias: Que nunca dejen de mirar hacia abajo, que no dejen de buscar un niño, que no dejen de buscar ni de encontrar un mañana que, como tal, será colectivo o no será.

Hermanos y hermanas universitarios: No son pocos los dolores que nos unen. Muchas son las esperanzas que unos en otros reconocemos. Nuestro deseo como zapatistas es que, al mirarlos a ustedes y al ustedes mirarnos a nosotros, siempre encontremos dignidad, que con esa palabra nuestros más antiguos

llamaban al mañana. Universitarios y universitarias: Aquí estamos, ustedes y nosotros. Y ustedes y nosotros somos la dignidad rebelde. ¡Democracia! ¡Libertad! ¡Justicia!

Desde el "aguascalientes espejo de agua", ciudad universitaria, UNAM.

Comité clandestino revolucionario indígena-comandancia general del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

México, marzo del 2001.

Las palabras del subcomandante Marcos en Plaza de Mayo.

- Transcribimos textualmente las palabras del Subcomandante Marcos en el acto de repudio al golpe militar en Plaza de Mayo el sábado 24 de marzo de 2001.

“A los niños, niñas, ancianos, ancianas, jóvenes, jóvenes, hombres, mujeres de la Argentina. América Latina, Planeta Tierra. Hermanos y hermanas: Aquí México Zapatista. Allá la digna Argentina. Les habla el SupMarcos, a nombre de todos los hombres, mujeres, niños y ancianos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Queremos aprovechar que los hermanos y hermanas de Argentina nos dan la oportunidad de decir nuestra palabra en este acto que sirve para darle a la verdad y a la memoria el lugar que merecen. Porque hay y ha habido quien creyó y cree que, asesinando personas, asesina también los pensamientos y los sueños que en veces son palabras y en veces son silencios. Quien así cree en realidad teme. Y su temor adquiere el rostro del autoritarismo y la arbitrariedad. Y en la resaca de la sangre busca la máscara de la impunidad y el olvido. No para que todo quede atrás, sino para asegurarse de que podrá de nuevo hacer actuar su temor sobre los que le son diferentes.

Nuestros más antiguos nos enseñaron que la celebración de la memoria es también una celebración del mañana. Ellos nos dijeron que la memoria no es un voltear la cara y el corazón al pasado, no es un recuerdo estéril que habla risas o lágrimas. La memoria, nos dijeron, es una de las siete guías que el corazón humano tiene para andar sus pasos. Las otras seis son la verdad, la vergüenza, la consecuencia, la honestidad, el respeto a uno mismo y al otro, y el amor. Por eso, dicen, la memoria apunta siempre al mañana y esa paradoja es la que permite que en ese mañana no se repitan las pesadillas, y que las alegrías, que también las hay en el inventario de la memoria colectiva, sean nuevas.

La memoria es sobre todo, dicen nuestros más primeros, una poderosa vacuna contra la muerte y alimento indispensable para la vida. Por eso, quien cuida y guarda la memoria, guarda y cuida la vida; y quien no tiene memoria está muerto. Quienes arriba fueron poder nos heredaron un montón de pedazos rotos: muertes aquí y allá, impunidades y cinismos, ausencias, rostros e historias emborronadas, desesperanzas. Y ese montón de escombros es el que nos ofrecen como tarjeta de identidad, de modo que decir "soy" y "somos" sea una vergüenza. Pero hubo quienes fueron y son abajo. Ellos y ellas nos heredaron no un mundo nuevo, completo y acabado, pero sí algunas claves y pistas para unir esos fragmentos dispersos y, al armar el rompecabezas del ayer, abrirle una rendija al muro, dibujar una ventana y construir una puerta.

Porque es bien sabido que las puertas fueron antes ventanas, y antes fueron rendijas, y antes fueron y son memoria. Tal vez por eso temen los de arriba, porque quien tiene memoria en realidad tiene en su futuro una puerta. Somos muchos y muchas los que al buscar la memoria estamos buscando partes de nuestro rostro. Quien nos pide que olvidemos, nos pide que sigamos incompletos, usando las prótesis que el Poder oferta.

Este día, en Argentina, en México y en otras partes del mundo, hay muchos y muchas guardianes de la memoria reuniéndose para una ceremonia tan antigua como la palabra: la del conjuro del olvido y la desmemoria, la de la historia. Hoy, quienes tienen a la Argentina como patria, nos enseñan que quien camina la memoria, en realidad camina la vida. Y queremos que todos y todas ustedes sepan que escuchamos sus pasos y que, al escucharlos, recordamos que el principal atributo del ser humano sigue siendo la dignidad.

Digna Argentina: los zapatistas de México te saludan. Vale. Salud y que nunca más la estupidez se permita democratizar el miedo y la muerte Desde la Ciudad de México.

Subcomandante Insurgente Marcos.

México, Marzo del 2001

P.D.- No se acaben el churrasco, porque siempre me dejan la pura salsa chimichurri. Con el mate pueden proceder a discreción, pero no se acaben las empanadas. Nos vemos luego en la calle de Corrientes para echarnos una cascarita de fútbol y tararear un tango, porque la memoria también se guarda. Con el juego, la música y el baile.